

# DISCURSO

PRONUNCIADO

*En una Bendicion de Banderas del  
regimiento de Catinat.*

---

Posuerunt signa sua; et non cognoverunt sicut in exitu super summum.

*Pusieron sus banderas en el templo como una señal de su victoria, y no conocieron el objeto de aquella piadosa solemnidad. (P. LXXIII, 4, 5, ).*

No vengo al santuario de la paz á mezclar un discurso evangélico con una santa ceremonia para recordaros ideas de fuego y de sangre, ni para animaros á nuevas victorias con la memoria de las que habeis conseguido anteriormente. La palabra que vengo á anunciaros, lo es de reconciliacion y de vida destinada á reunir Griegos y Bárbaros; á que habiten juntos los leones, las águilas y los corderos, segun la expresion de un pro-

( 339 )

feta; á que vivan bajo un mismo gefe los hombres de todas las lenguas, tribus y naciones; á que se calmen las pasiones de los príncipes y de los pueblos, se confundan sus intereses, cesen sus envidias y se limite su ambicion; y á inspirar los mismos deseos á los que deben tener la misma esperanza, y si alguna vez esta palabra propone guerras y combates, estos son los de la gracia, y aquellas se terminan en el corazon.

Ademas, tengo muy presente que estoy hablando bajo el altar mismo del cordero que vino á pacificar el cielo y la tierra; en un templo consagrado al gefe de una legion santa, que supo preferir el culto de Jesucristo al de las estatuas del pecador, y abandonar con resolucion las águilas del imperio para seguir el estandarte de la cruz; y por fin, hablo á militares ilustres que solo conocen los peligros para arrastrarlos, y que se distinguen por mil acciones, mas bien que por el nombre del famoso general que se honran tener á su frente y por el mérito de quien los manda; esperando de mí, antes bien lecciones de

piedad que de valor, y consejos para hacer la guerra santamente, que exortaciones para hacerla bien.

Permitidme pues, Señores, que dejando lo material y las exterioridades de esta ceremonia, os descubre su espíritu; que sin profundizar lo que hay en ella de antiguo y curioso, me detenga en lo que pueda tener de útil, y que distante de ocuparos con la gloria de las armas y con el aprecio que los pueblos han hecho de ella, os hable de los peligros de este estado, y de los medios de adquirir en él una gloria inmortal y sólida.

En efecto, ¿porque pensais que las naciones mas bárbaras tuvieron siempre una especie de religion militar y mezclaron el culto de la divinidad con las armas? Porque creéis que los romanos tuvieron tanto zelo en poner sus águilas y sus dioses al frente de sus legiones, y que los otros pueblos afectaron tomar lo mas sagrado que habia en sus supersticiones para pintar las figuras y símbolos de ellas en sus estandartes? Fué para impedir que el tumulto y la agitacion de

las guerras no les hiciese olvidar lo que se debe á las Divinidades que presiden en ellas, y para que á fuerza de tenerlas siempre á la vista no se las pudiese olvidar. ¿Porque pensais que los israelitas en sus marchas y en sus batallas llevaban siempre delante la serpiente de metal; que Constantino hecho cristiano hizo levantar en medio de sus ejércitos la señal de la cruz que lo ha sido de todas las naciones; que nuestros reyes en sus empresas contra los infieles iban á recibir el estandarte sagrado á los pies de los altares; y en fin que todavía hoy consagra la iglesia con oraciones de paz y de caridad estas señales lastimosas de guerra y de disension? Todo se dirige á recordaros que la guerra misma es una especie de culto religioso, que el Dios de los ejércitos preside á las victorias y á las batallas; que los conquistadores no son, las mas veces, en sus manos, sino unos instrumentos de que se sirve, en su ira, para castigar los pecados de los pueblos; que no hay verdadero valor si no tiene su origen en la religion y en la piedad; y que finalmente las guerras y

Las revoluciones de los estados no son á los ojos de Dios sino unos juegos y una mudanza de escena en el universo; que él es el único que no se cambia, y es el solo que puede fijar las agitaciones y los deseos insaciables del corazón humano.

Verdad es, Señores, que la piedad tan penosa, aun en los claustros, donde cuanto hay la inspira, tan rara en el siglo, en que las obligaciones comunes de la religion la sostienen, encuentra en las disipaciones y en la licencia de las armas obstáculos y escollos contra los que se estrellan tristemente todos los dias las mas lisonjeras esperanzas de la educacion, los mas dichosos presagios de un buen natural, y las precauciones mas cuidadosas de la gracia.

En los ejércitos es donde se ve algunas veces que el pueblo de Dios á presencia del mismo Josué, general sabio y religioso, cae en todos los excesos y crímenes de las naciones; asi como se ve á los cristianos hacer consistir siempre su gloria en lo que es su confusion, y atribuir á mérito su propia ignominia. En los ejércitos es donde la impiedad

está á la moda, la fe es una flaqueza, la religion un sueño, las verdades de la salvacion patrimonio de las almas ociosas, los temores de la eternidad un espanto vano, y la santidad de nuestros misterios sirve de sainete para el libertinage. Allí es donde no se nombra al Dios que adoramos, sino para insultarle, donde el crimen es una atencion, el deleite un mérito y el furor una distincion. Allí es donde aquellos á quienes la cortesía, la calidad, ó el interes mismo bajo un príncipe que no estima el valor por sí solo, apartan de cometer semejantes excesos, limitan toda su regularidad á la ambicion, á la gloria y á la venganza; y parece que solo contienen las otras pasiones para entregarse con mas ahinco á estas. Allí es donde los mas juiciosos son aquellos que únicamente se ocupan en pensar en su fortuna y en sus ascensos; que todo lo sacrifican, hacienda, reposo y hasta su conciencia á su gloria; que insensibles acerca de la felicidad de los santos y de los bienes sólidos de la eternidad, solo se ocupan en alcanzar una fantasma que

huye antes que puedan asirla, y en proporcionarse establecimientos que estan fundados en la arena sin permanencia alguna. Allí es, en una palabra, donde Dios es tan poco conocido como en los pueblos infieles, y en donde la mayor virtud no es la de no tener pasiones, sino que sean las reputadas de nobles y brillantes.

¿Son estos ó Dios mio, los hombres armados para combatir por vuestra causa y para la defensa de vuestros altares? Vos que no quereis que el pecador refiera vuestras justicias, y sea el protector de vuestra alianza, ¿podríais confiar á brazos sacrilegos el cuidado de restablecer vuestro culto y la magestad de vuestros templos? Y que importa que sean vuestros enemigos los que os deshonren por la infidelidad, ó los fieles por sus crímenes? Que importa que vuestro reino se extienda si no habeis de reinar en los corazones? Y que importa que las dispersiones de Israel se reunan, si las tribus que quedan en Jerusalem cometen aun mas profanaciones que los súbditos de Jeroboan?

Los que viven tranquilos en las ciudades y distantes de los peligros de la guerra pueden sosegarse acerca de los desórdenes de su vida pasada con la esperanza de una vejez mas arreglada y de una muerte cristiana. Efectivamente, Señores, el tiempo que la edad ó una enfermedad lenta dejan para reflexionar; el dilatado uso de los placeres, y el disgusto ó las incomodidades consiguientes á ellos; la experiencia del mundo y de sus inutilidades de que un entendimiento razonable se causa y vuelve sobre sí tarde ó temprano; las perfidias y los engaños del comercio por sí solos pueden descontentar al hombre honrado y hacerle tomar el partido del retiro y de la piedad, todo esto favorece el influjo de la gracia en el corazon de los mundanos, haciéndoles formar todos los dias mil proyectos lejanos de conversion; les hace vencer poco á poco sus flaquezas, y que cansándose algunas veces del mundo se entregan á Jesucristo.

Sabemos que esta esperanza de los pecadores naufraga muchas veces, que lisonjearse de una conversion tardía es

insultar á la gracia y á la justicia de un Dios vengador; que dilatar para cuando uno se halla enfermo el negocio de la salvacion, es perderle; que nõ se coge en el invierno sino lo que se ha sembrado en el verano; que nuestro Dios no lo es para todos los dias; que si se le olvida, tambien él se desentiende á su vez; y que la virtud tardía, no es generalmente sino la impotencia del vicio, ó una regularidad de la edad mas que del corazon, y una atencion debida al mundo, tanto como á Jesucristo. Sin embargo, la religion no quiere que desesperemos; y mas de una vez, ó Dios mio, llamais á los operarios á la undécima hora del dia, y curais los paralíticos de treinta años, quizá para impedir con estos prodigios la desesperacion de los verdaderos penitentes, y quizá tambien para entretenir la falsa confianza de los pecadores.

Pero en quanto á vosotros, Señores, que en medio de los peligros y de los furores de la guerra podeis decir diariamente como David, que solo estais separados de la muerte un solo paso: *Uno tantum gradu ego morsque dividimur* (I.

Reg. 20), vosotros que no podeis contar con la vida, sino como un tesoro que teneis expuesto en un camino; que tocáis á cada momento con la eternidad, y que solo estais unidos al mundo y á sus placeres con la mas frágil atadura, ¿ que es lo que puede tranquilizaros si os entregais á pasiones ignominiosas, y con que esperanzas podeis haceros ilusion? Son por ventura los momentos que concedéis á la religion cuando vais á combatir los que lisonjean vuestra esperanza? Es la oracion, es la bendicion del sacerdote? Pero decidme de buena fe, ¿ cual es entonces la situacion de vuestro corazon; os ha ocurrido alguna vez recorrer, en semejante lance, en la amargura de vuestro corazon, todos los años de vuestra vida? Habeis pensado jamas, en tales circunstancias, ofrecer al señor un corazon contrito y humillado é invocar sus misericordias por vuestras miserias? Entonces no veis sino la gloria, vuestra obligacion y el peligro, y nunca se piensa menos en volver su atencion hácia su conciencia, y aun se desechan estas reflexiones como peligrosas al valor, se au-

mentan los placeres y los excesos para distraerla é impedirse á sí mismo pensar en ello; de modo que se pasa casi siempre desde el crimen y el desarreglo á la muerte. ¡Horrible destino, ó Dios mio, y sin embargo tan comun en las personas de que hablamos! Vosotros lo sabeis, hermanos míos, y habeis visto mil veces desaparecer en un instante á los compañeros de vuestros excesos, durante el combate, sin que hubiesen hecho interrupcion alguna entre su impiedad y el último suspiro; y un golpe fatal los arrebató de vuestro lado, al tiempo mismo, en que quizá formaban todavía con vosotros proyectos criminales.

¿Y porque su desgracia no os haria mudar de conducta? Porque no os serviria de ejemplo el modo como habian sido sorprendidos? Acaso no os conmueven estos ejemplares porque son demasiado frecuentes? Esto es decir que os tranquilizais á proporcion que se aumenta el peligro? Porque no harian impresion sobre vosotros la bondad y la longanimidad de vuestro Dios que os ha salvado de tantos peligros y conservado

hasta ahora, solo para proporcionaros mas tiempo de convertirlos á él? Porque cambiar sus intenciones de misericordia en las de ira, y emplear el tiempo que os ha prolongado para vuestra salvacion, en alargar la carrera de vuestras iniquidades?

¡Ah! Si en aquella accion en que debisteis vuestra salud á un prodigio, y de donde vosotros mismos no pensábais salir bien, os hubiera sorprendido la guadaña de la muerte? cual hubiera sido hermanos míos vuestro destino? Como hubiérais presentado vuestra alma al tribunal de Jesucristo? ¿Que monstruo de inmundicias, de blasfemias, y de venganzas! ¿No os atemorizais, figurándoos en aquel trance, bajo el rayo de un Dios vengador, temblando en su presencia, y viendo á vuestros pies el infierno abierto para tragaros? Su mano omnipotente os libertó, os defendió con su escudo, y un ángel enviado por él impidió los golpes que quitándoos la vida habria decidido vuestra suerte eterna. ¿Y que uso habeis hecho despues de esta vida que os conservó? Cual es la grati-

tud que habeis tenido para con vuestro libertador? Que homenages le habeis hecho de un cuerpo de que le sois deudor por doble título? Le habeis hecho servir á la iniquidad, y de un miembro de Jesucristo habeis formado un instrumento de vergüenza y de infamia. ¡ Ah! bien supísteis aprovecharos del peligro que corristeis para hacer fortuna; ¿ pero habeis sacado el mismo partido para vuestra salvacion? Le alegasteis como mérito para con el príncipe; ¿ pero os habeis acordado de lo que debiais á Dios que os libertó de él? Habeis ascendido en vuestra carrera, pero en la milicia de Jesucristo siempre sois lo mismo. Temed, temed que vuelva aquel momento fatal y que el Señor os entregue por último á vuestro destino, que os trate como al impio Acab, y que un golpe de su mano invisible no termine en la primera ocasion vuestras iniquidades y comience sus venganzas.

¡ Cuan digna de lástima es vuestra suerte, Señores! La carrera de las armas á que os llaman las obligaciones de vuestro nacimiento y el servicio del

príncipe, es ciertamente brillante á los ojos sensuales, porque es el único camino de la gloria, y el único empleo digno de un hombre de nacimiento ilustre; pero en materia de salvacion es la carrera mas temible de todas. Veamos los peligros y los medios de evitarlos.

Porque en fin el brazo de Dios alcanza á todas partes; en ningun estado es imposible la salvacion; el torrente solo arrastra á los que se dejan llevar por él; el Señor tiene en todas partes sus escollos; y los mismos peligros que son escollos para los réprobos, se convierten en ocasiones de mérito para los justos.

Y para entrar en una explicacion que os lo haga conocer, ¿ cuales son, decidme, los escollos de vuestra profesion, que la gracia no puede haceros evitar? y cuales los males que no tengan remedio?

Sabemos que la ambicion es, en cierto modo inevitable en un militar, que el Evangelio declara vicio esta pasion; pero que no puede prevalecer contra el uso que hace de ella una virtud; y que en materia de mérito militar, el que no

siente aquellos nobles sentimientos que nos hacen aspirar á los primeros grados, tampoco siente los que nos conducen á las grandes y arriesgadas acciones. Pero ademas de que el deseo de ver recompensados vuestros servicios, si es moderado y no ocupa enteramente vuestro corazon, si no os arrastra hasta el extremo de poner en práctica medios únicos para lograr vuestros fines y conseguir fortuna arruinando la de otro; este deseo, repetimós, contenido en sus justos límites, nada tiene que pueda ofender la moral cristiana. ¿Y que puede haber en él, tan seductor, que presentándoos las esperanzas humanas, pueda prevalecer sobre las del cristiano y sobre las promesas de la fe? Empleos, honores, distinciones y una reputacion en el mundo; ¿pero cuantos concurrentes os los disputan, y cuantas circunstancias deben reunirse que casi nunca se reunen? Ademas, es acaso el mérito el que decide siempre de la fortuna? Sabemos que el príncipe tiene instruccion, pero no puede verlo todo por sí mismo; y hay muchas virtudes oscuras y desa-

tendidas, y muchos servicios olvidados y disimulados. Por otra parte, ¿cuantos favoritos de la fortuna salidos repentinamente de la nada, se apoderan sin tropiezo de los primeros empleos? De aquí nacen tantos disgustos é incomodidades, viendo á los subalternos ser atendidos con preferencia á los que habian nacido, por decirlo así, en el servicio, y esto aun sin saber lo bastante ni aun para obedecer; mientras que los otros hallándose ya en edad avanzada no han sacado de sus largos servicios sino un cuerpo debilitado, sus intereses domésticos destruidos, y la gloria de haber hecho la guerra á sus propias expensas. ¿Y que otra cosa se oye entre vosotros, que reflexiones acerca de los abusos de las pretensiones y de las esperanzas; y vosotros que me escuchais, cual es en este punto vuestra situacion? Y sin embargo, se sacrifica la eternidad á semejantes quimeras, lisonjeándose siempre de ser algun dia del número de los venturosos, sin contar con que la providencia no parece que deja al acaso ni al capricho de los hombres los